

haber mediado otra intriga de Antonio Perez, tan ofensiva para el rey, á saber, la de sus relaciones con la princesa de Eboli.

Con la muerte de Antonio Perez quedaba todavía abrumada su familia bajo el peso de la sentencia de la Inquisicion, que alcanzaba á toda la descendencia del proscripito. Prescindiendo de los perjuicios positivos de fortuna y demas goces de la misma clase, era esta una infamia mas espantosa en aquellos tiempos que la misma muerte. Cuatro años de solicitudes, de súplicas, de pedir, de negociar en mil sentidos se pasaron antes que el tribunal de la Inquisicion revocase tan fatal sentencia; por fin en 17 de abril de 1615, dijeron los inquisidores que atento los nuevos autos del proceso, debian revocar y revocaban la sentencia dada y pronunciada contra Antonio Perez, en todo y por todo como en ello se contiene; y declararon debe ser absuelta su memoria y fama, «que no obste á los hijos y descendientes de Antonio Perez el dicho proceso y sentencia de relajacion para ningun oficio honroso; ni deberles obstar lo dicho y alegado por el fiscal de la Inquisicion contra su limpieza.» El 10 del mismo mes, consultó el Consejo al rey esta sentencia, y Felipe III puso al márgen de su puño «hágase lo que parece, pues se dice que es conforme á justicia.»

CAPITULO LXXI.

Siguen los asuntos interiores.—Venida á España de la emperatriz viuda de Alemania.—Jura en Madrid del príncipe don Felipe.—Casamiento de la infanta doña Catalina con el duque de Saboya.—Viaje del rey á Zaragoza y Barcelona.—Muerte de santa Teresa.—Aventuras de tres impostores que se vendieron por el rey don Sebastian.—Muerte de Granvela.—Id. del Doctor Azpilcueta.—Viaje del rey á Burgos y á Pamplona.—Córtes de Tarragona.—Venida á España del cuerpo de Santa Leocadia.—Canonizacion de san Diego de Alcalá.—Consagracion del templo del Escorial por el legado del Papa.—

1582.—159

Por encaenar mejor los hechos cuya sucinta relacion ha sido materia de los tres capítulos anteriores, hemos omitido otros de menos consideracion que ocurrían mientras tanto. Ahora los indicaremos para no omitir nada de nuestros asuntos interiores que sea digno de atencion, colocando los hechos en el órden cronológico cuando sea compatible con otras consideraciones.

Viuda del emperador Maximiliano II la princesa doña María, hermana de Felipe II, resolvió terminar sus dias en España donde habia nacido, al lado de su hija. No alteró su resolucion la muerte temprana de esta reina ocurrida en Badajoz en 1580, y habiendo obtenido para este viaje el beneplácito del emperador su hijo y el de su hermano, emprendió su viaje á mediados de 1582 y desembarcó en Barcelona á bordo de las galeras de Andrés Doria. Allí le estaba aguardando el obispo de Cuenca de órden del rey, por cuya cuenta le entregó doce mil ducados para continuar el viaje. Llegó á Madrid donde permaneció hasta el año siguiente que se reunió con su hermano que volvía á la sazón de Portugal. Fué recibida

esta señora del rey y de su corte con todas las muestras de la mayor consideracion, y desde entonces fué casi de todos los viajes que hizo el rey por varias ciudades de la España.

A pocos dias de su llegada á Madrid, se trasladó al Escorial por cuyos monges fué recibido con todas las muestras de regocijo. Se celebró la vuelta del fundador del monasterio con solemne Te-Deum, repique de campanas y fuegos de artificio. Con gran placer del rey estaba ya cerca de su terminacion aquella fábrica suntuosa, objeto de tanto favor en que estaba expendiendo tan inmensas sumas.

No podemos menos de hacer mencion de la muerte acaecida por los años de 1582 de santa Teresa, mujer célebre en mas de un sentido, y de cuyas prendas como escritora hablaremos á su debido tiempo. Ya habian ocurrido algunos años antes las de san Juan de Dios, de san Juan de la Cruz, y de san Pedro de Alcántara, todos de aquel siglo.

En 1584, convocó el rey á córtés para presenciar y asistir á la jura del príncipe don Felipe como heredero de estos reinos. Igual reconocimiento habia tenido lugar en Portugal el año antecedente. Se hizo la ceremonia en Madrid, en el convento de san Gerónimo, donde se celebran todas las de igual especie. La víspera del dia de la jura partió el príncipe para dicho monasterio acompañado de su aya doña Ana de Mendoza. Allí salió á recibirle la emperatriz que con este motivo se habia trasladado al convento de antemano. El dia siguiente hizo su salida el rey acompañado de las dos princesas, de los grandes y demas magnates de su corte. Celebró la misa de pontifical el cardenal Quiroga ayudado por el cardenal Granvela y el nuncio del Papa. Concluida esta, llevaron al príncipe al altar mayor, donde le administró el sacramento de la confirmacion el cardenal Granvela. Despues tuvo lugar el acto de la jura. La emperatriz fué la primera. En seguida juraron las princesas, los prelados, los grandes y

demas oficiales de palacio, los procuradores, etc.—No se insertan los nombres de los grandes personajes que asistieron, por haber visto ya el lector bastantes listas de la misma clase en diversos pasajes de esta historia.

A principios de 1585 salió el rey acompañado de la emperatriz, las dos princesas, y toda su corte para Zaragoza, en cuya capital debia celebrarse el matrimonio concertado entre la infanta doña Catalina y el duque de Saboya. Era doña Catalina la menor de las dos hermanas, hijas ambas de Isabel de Valois. A la mayor, doña Clara Eugenia, mas alto destino le estaba reservado.

Llegó la corte el 24 á Zaragoza. El 18 habia desembarcado el duque de Saboya en Barcelona.—Inmediatamente se puso en marcha para la capital de Aragon, y poco antes de entrar, se halló con el rey y la corte que habian salido á recibirle. Los desposorios se verificaron inmediatamente, habiendo dado la bendicion nupcial el cardenal Granvela. Al dia siguiente, se confirmó la ceremonia con la mayor suntuosidad en la catedral de nuestra señora del Pilar, donde celebró de pontifical el arzobispo.

Acompañó el rey á los recién casados hasta Barcelona donde se embarcaron en las galeras de Doria para Génova. Tomó Felipe II la vuelta de Aragon y celebró córtés en Monzon, donde fué jurado por sucesor á la corona el príncipe su hijo. Allí cayó enfermo de bastante gravedad, y con objeto de restablecerse totalmente, bajó por el Ebro á Tortosa y desde aquí se trasladó á Valencia, donde permaneció todo aquel invierno.

En el mismo año de 1585 ocurrieron en Portugal dos sucesos desagradables, de una misma especie y nacidos de igual causa. Pocas veces muere un rey ú otro gran personaje de un modo que ofrezca algun campo de obscuridad ó duda, sin que se presente á la corta ó á la larga alguna persona con pretensiones de representar la del difunto. De estos hechos están llenas las historias. Lo mismo debia de suceder en Portugal, donde se habia

esparcido entre las clases populares la creencia de que el rey don Sebastian estaba vivo. No era extraño que el desafecto á la dominacion extranjera contribuyese á alimentar una ilusion que, á realizarse, la sustituiria con la propia.

El primer impostor que se presentó en escena, fué un natural de Alcazoba, que siendo muy jóven tomó el hábito de lego en el convento de nuestra señora del Carmen, de donde por su mala conducta fué expelido. Viéndose sin esperanza de que le volviesen á admitir, como lo habia solicitado, se refugió á una ermita cerca de Alburquerque, donde con apariencia de santidad, era socorrido con abundantes limosnas por las devotas de las inmediaciones. Parece que entre estas una viuda bien parecida, de pocos años, acompañaba con frecuencia á nuestro ermitaño, que no pasaba de los treinta. Entre sus habilidades, tenia la de tocar con gracia la guitarra, á cuyos sonos acudia la juventud de ambos sexos acompañándole los aficionados con varios instrumentos. No satisfecho el ermitaño con estos conciertos y otras diversiones del mismo género que hasta entonces no habian tenido mas teatro que la ermita y las peñas de los alrededores, acompañaba muchas veces á sus nuevos amigos á Peña Mayor y tocaba con ellos, ora en fiestas públicas, ora en serenatas bajo las ventanas de alguna belleza distinguida. Esta conducta escandalizó á los fieles, y la justicia se hallaba ya cerca de echar mano á un santo tan alegre, cuando éste se puso en salvo, gracias á la viuda que le hizo con vestidos y un caballo. No tardó sin embargo en volver á su guarida; mas no con carácter de simple ermitaño, sino como un hombre misterioso que se condena á sí mismo á las austeridades mas severas. No parece que fué reconocido por sus antiguos amigos, cuya presencia evitaba con cuidado, retirándose á sitios solitarios, mas no tales que le pusiesen totalmente fuera de alcance del oido y de la vista. Pronto fueron objeto de edificacion sus oraciones, sus suspiros, sus arrobamientos, sobre todo su uso frecuente de la disciplina. No se

sabe si se parecia algo al rey don Sebastian, pero no tardó mucho en suscitarse la sospecha de que era el mismo, á lo que contribuyó el impostor con sus modales artificiosos, y la connivencia de dos cómplices que fingiéndose el uno don Cristóbal de Mora y el otro el obispo de la Guardia, aseguraron que era el rey don Sebastian, el ermitaño. Dió asenso á semejante absurdo la muchedumbre crédula: la especie llegó á Lisboa donde se dió la orden de su arresto. Inmediatamente fué cogido y encerrado en una cárcel. Aunque fué condenado á muerte, no se ejecutó la sentencia y se cambió en pena de galeras, donde todos pudiesen cerciorarse con sus propios ojos de que no era el rey difunto.

Fué el segundo caso, de mas exposicion y acompañado de desgracias. Un tal Mateo Alvarez, natural de la Tercera, picapedrero de oficio, echado igualmente que el primero de un convento de Cintra, imitó asimismo su ejemplo retirándose á la ermita de san Juan en la orilla del mar á dos leguas de Ericeyra. Allí vivió por espacio de dos años de limosna, atrayéndose por su vida ejemplar la atencion de toda la gente de las inmediaciones. Suscitaron sus grandes penitencias la sospecha de si seria el rey don Sebastian que habia escogido aquel lugar oscuro para la expiacion de sus pecados. Llegó el escribano de un lugar y lo mismo su mujer hasta afirmar que era efectivamente el rey, que le conocian muy bien, pues le habian visto muchas veces en Lisboa. Con esto se inflamó mas la curiosidad de aquellas gentes que no tuvieron ya duda de que era el rey mismo. Algunos se atrevieron á llegarse á su ermita y hasta preguntarle si era don Sebastian; á lo que respondió el ermitaño con muchísima humildad: «no, no soy el rey: no soy mas que un miserable picapedrero de la Tercera que estoy aquí haciendo penitencia por mis culpas.» Contribuyó esta negativa, acompañada de un aire misterioso, á que se confirmasen aquellas gentes en su idea. Otro vecino de aquellos contornos llamado Pedro Alonso, afirmó bajo juramento que

era el rey, que no tenia ninguna duda de ello, y esto añadido á lo que habian dicho el escribano y su mujer, bastó para que todos creyesen, como la cosa mas cierta, que tenian al rey don Sebastian encerrado en aquella ermita. Se apresuraron las gentes crédulas á ofrecerle sus homenajes como á su rey, suplicándole al mismo tiempo se declarase al fin y sacase á sus vasallos de tanta incertidumbre.

Sea que el ermitaño hubiese urdido de antemano aquella trama, sea que sin haber pensado en ella, trataba ahora de aprovecharse de tan favorable circunstancia, declaró al fin en tono misterioso que era efectivamente el rey, y que se hallaba allí por inescrutables decretos de la Providencia. No fué preciso mas para que toda aquella gente le saludase como á tal, con grandes aclamaciones y gritos de entusiasmo. Muy pocos momentos despues, se aparecieron mas de trescientos hombres armados, que se le rodearon proclamándolo por rey, diciéndole que allí estaban para hacer buenos sus derechos. Cobró con esto nuevos ánimos el ermitaño; les habló, en efecto, como rey, y se estableció desde luego en la villa de Ericeyra, desde donde escribió cartas á todas las provincias anunciando su persona, invitando á todos á que se armasen para volverle á la posesion de sus estados. Al mismo tiempo envió un expreso al archiduque Alberto, virey de Portugal, con órden de evacuar inmediatamente su palacio, y salir cuanto mas antes de aquel reino.

El asunto parecia muy sério. A la bandera del falso rey de Portugal acudia á cada instante nueva gente. Pronto se vió á la cabeza de mas de mil hombres armados, de quienes nombró general al mismo Pedro Alonso que le habia descubierto. El virey envió á Alonso de Fonseca á la cabeza de las tropas que pudo recoger, prometiéndole mandarle otras de refuerzo. Se puso Fonseca en camino de Ericeyra, pero solo halló en el pueblo las mujeres y los clérigos, habiendo huido el rey

con todos los que le acompañaban. Mas no por eso se dispersaron, y unidos permanecian en los montes esperando mas dichosa coyuntura.

Alonso Fonseca se volvió á Lisboa, habiendo dejado una pequeña guarnicion en Ericeyra, á donde habia hecho venir al juez de Torresvedras con su escribano, para hacer la causa á los presos que habia cogido dentro y eran en número de nueve. Aprovechándose de la ausencia de Fonseca, bajó de los montes el impostor á la cabeza de su gente, y dió sobre Ericeyra, donde entró á viva fuerza, habiendo puesto en libertad á los presos y apoderándose de las personas del juez y del escribano que entendian en la formacion de su proceso.

Salió otra vez Fonseca de Lisboa, acompañándole en esta expedicion el capitan Pedro Venegas con cien caballos. Volvió á salir de Ericeyra Pedro Alvarez; mas no contentándose Fonseca con esta nueva dispersion, siguió sus huellas resuelto á perseguirlos en cuantas guaridas se albergasen. Los amotinados hicieron resistencia aprovechándose de las ventajas del terreno; pero viéndose tan obstinadamente perseguidos, comenzaron á desordenarse. Los mas se dispersaron: muchos quedaron muertos, otros cogidos, entre los cuales se hallaba el mismo Pedro Alvarez. A los dos dias cupo la misma suerte al general Pedro Alonso y al escribano, que habia descubierto el primero que era D. Sebastian, el ermitaño. Los tres fueron conducidos á Lisboa, donde hicieron su entrada á la vista de aquel populoso vecindario. Inmediatamente fueron ahorcados y colocadas sus cabezas en los parajes mas públicos, á fin de que sirviesen de esearmiento.

Aunque la aparicion del tercer falso D. Sebastian ocurrió algunos años despues, la mencionaremos aquí por creer que es su lugar mas oportuno. Tuvo lugar esta aventura, aun mas extraordinaria que las dos primeras, en España. Por los años 1594 se hallaba en la villa de Madrigal de religiosa de un convento doña Ana, hija natu-

ral de D. Juan de Austria. Residia en el mismo lugar en clase de su confesor un fraile portugués llamado fray Miguel de los Santos, antiguo predicador de D. Sebastian y confesor de D. Antonio, á quien el rey habia mandado salir de Portugal por sospechoso. Conservaba este padre mucho afecto al prior, y como era gran intrigante, le ocurrió una invencion á fin de promover sus intereses. Buscó por su instrumento á un hombre bien parecido, llamado Gabriel de Espinosa, de condicion expósito, que despues de haber sido en su juventud soldado y tejedor, ejercia en Madrigal la profesion de pastelero. Recabó el padre Miguel de Espinosa, que se fingiese el rey de Portugal, con quien tenia alguna semejanza. Algunos dicen que fray Miguel llegó á persuadir al mismo pastelero, que en efecto lo era; mas esto no es probable. De todos modos el fraile y el pastelero hicieron creer á la religiosa que el segundo era el rey D. Sebastian, ayudando para este engaño la circunstancia de ser Espinosa de muy buena presencia, y tener, por haber corrido mundo, modales y conversacion mas fina que la gente de su oficio. ¿Y cómo podia dudar por otra parte aquella señora de lo que su confesor con tanta formalidad le aseguraba? Acogió, pues, al rey fingido con benevolencia y muestras de respeto, manifestándole sus deseos de ayudarle en todo cuanto pudiese contribuir á restituirle el trono. A las palabras siguieron las obras. Parece que aquella monja conservaba gran cariño á doña Juana, madre del rey D. Sebastian, ó lo que es mas probable, que fray Miguel le sugirió la idea de casarse con el príncipe, para lo cual le aseguró seria muy fácil obtener del Papa la dispensa de sus votos. Sin duda fray Miguel no trabajaba por servir al pastelero, sino para que declarado rey, renunciase la corona en favor de D. Antonio, siendo por otra parte fácil deshacerse de él por cualquier medio. La religiosa dió á Gabriel dinero y muchas joyas, con las que pasó á Valladolid para arreglar el modo de dar cima á sus proyectos. Mas en aquella ciudad tuvo la im-

prudencia de entrar en relaciones con una mujer pública, quien viendo sus joyas y sospechando ser robadas le denunció al corregidor D. Rodrigo de Santillana. Inmediatamente mandó prender éste á Espinosa, y no habiendo averiguado de su declaracion otra cosa que el ser pastelero, dependiente, y de la servidumbre de doña Ana, escribió á esta señora para averiguar si era así en efecto. Mientras llegaba la contestacion, cayó en manos del corregidor una carta que doña Ana y fray Miguel escribian á Espinosa. Habiéndola abierto, le pareció tan misterioso y extraño el contenido, con la particularidad de que se daba el tratamiento de magestad al pastelero, que envió inmediatamente la carta al rey pidiéndole sus órdenes. Mandó el rey prender á fray Miguel y á la religiosa, y como pertenecian al brazo eclesiástico, se despachó un comisario del santo Oficio para que entendiese en su proceso. La declaracion de doña Ana fué de una mujer sencilla á quien se habia hecho creer una patraña. Lo mismo dijo fray Miguel dándose por engañado. Fué confirmada en cierto modo esta confesion por Gabriel de Espinosa, quien manifestó ser él solo el autor de la impostura. No dió mas luces el careo del pastelero con los otros dos; pero el rey, que conocia mas al fraile, mandó poner á entrambos á prueba de tormento. Confesaron entonces el fraile y Espinosa la verdad del hecho. Fué ahorcado el último y descuartizado en el mismo Madrigal: llevado el fraile á Madrid, donde despues de haber sido públicamente degradado, fué entregado á la justicia ordinaria y condenado á sufrir la misma pena que su cómplice. En cuanto á doña Ana, fué confinada á otro convento de menor categoría, donde se la condenó á la pena de ayunar á pan y agua dos dias á la semana, y otras mas austeridades.

En el año de 1585 vino á España una solemne embajada de dos príncipes del Japon que se acababan de convertir al cristianismo. Habian estado en Roma, en donde habian presentado los homenajes de dichos príncipes al Papa. Los acogió el rey con las mayores mues-

tras de benevolencia, y mandó que se les hiciese el mismo obsequio en Lisboa, á donde iban á embarcarse para tomar la vuelta de su patria.

Ocurrió en el año de 1586 la muerte del famoso cardenal Granvela en Madrid, persona varias veces mencionada en esta historia. En ninguna de las épocas de su larga vida estuvo su nombre oscurecido. Después de haber dejado el gobierno de los Países-Bajos, se estableció momentáneamente en el Franco Condado, su país natal, sin tratar de trasladarse á España, siguiendo en esto el consejo que le había dado el duque de Alba. Después pasó á Roma, desde donde llevó con el rey correspondencia muy estrecha. Pasó después al virreinato de Nápoles y habiendo incurrido allí en el desagrado de Felipe II, volvió á Roma. Cuando el rey pensó en deshacerse seriamente de la persona de su secretario Antonio Perez, ofreció su puesto al cardenal, suplicándole que le viniese á desempeñar cuanto mas antes. Vino en efecto el cardenal por los años de 1579 á España, por primera vez, y se encargó de la secretaría de Estado de los negocios de Italia. Quedó de regente del reino á la salida de Felipe II para Portugal, y continuó en su cargo hasta el regreso del monarca. Conservó el cardenal el favor de Felipe II hasta el fin de su existencia. Del carácter y mérito de este prelado hemos dicho lo bastante en su debido tiempo. Correspondieron los últimos años de vida á sus principios; en ningún tiempo de su vida se desmintió su carácter grave, reservado, firme, poco contemporizador y sobrado orgulloso para los que estaban con él en relaciones. Fué un servidor fiel de Felipe II, con quien tuvo muchos puntos de contacto.

También fué novedad importante en el país el fallecimiento en Roma del famoso Martin Azpilcueta, de edad de noventa y cinco años, llamado también el doctor Navarro, por el país de que era oriundo. Sonó mucho en su tiempo su nombre en España, y aunque conocido

por sus opiniones algo atrevidas, según el derecho público de aquellos tiempos, fué muy considerado del rey, quien se valió algunas veces de sus luces y prudencia. En Roma se atraía una gran veneración por su doctrina y sus virtudes.

En el año siguiente de 1587 se hicieron solemnes exequias en el Escorial por la reina María Estuarda. Concurrieron á la ceremonia el rey, la emperatriz, las princesas y los personajes mas distinguidos de la corte.

Hacia algunos años que había sido trasladado á Toledo el cuerpo de san Eugenio, el primer arzobispo que tuvo aquella iglesia. Iguales deseos manifestaron en 1584 los habitantes de dicha ciudad de obtener el de santa Leocadia, que se hallaba en el convento de san Guilden de la provincia de Haynault, en los Países-Bajos. Pidieron esta gracia al rey por medio de su arzobispo el cardenal Quiroga; y el rey accediendo á su solicitud, encargó á Roma una bula del pontífice para que aquellos monges le entregasen. Otorgó dicha bula el Papa gustoso: se encargó el negocio al duque de Parma, quien envió comisionados al convento de san Guilden. No tuvieron los monges reparo en entregar el cuerpo con los testimonios de su autenticidad, en vista de la bula. Se envió inmediatamente el cuerpo á España; y algunas leguas antes de llegar á Toledo, se depositó en una caja de plata, en que hizo su entrada pública y solemne. Salió el rey del Escorial con su corte para asistir personalmente á esta ceremonia, que fué muy solemne y muy vistosa. Aguardaba á la puerta de la ciudad el arzobispo vestido de pontifical con otros prelados y eclesiásticos del alto clero, y desde este punto marchó la procesion con música, repique de campanas y fuegos de artificio. Correspondieron las diversiones públicas de la tarde á la solemnidad de la función de iglesia, y el pueblo se mostró muy gozoso y satisfecho.

En el año de 1588 fué de gran gusto para el rey y para España la bula de su Santidad, canonizando á san

Diego de Alcalá, de quien era muy devoto. Era este santo sumamente popular, como que á su intercesion milagrosa se habia atribuido en su tiempo la cura repentina del príncipe D. Cárlos de una grande enfermedad que le tenia á las puertas del sepulcro.

El año 1592 salió el rey de Madrid en compañía del príncipe D. Felipe y los demas grandes de su córte. Permaneció algunos dias en Valladolid, y en seguida pasó á Burgos. Se trasladó despues á Navarra, y en Pamplona se verificó la jura del príncipe como heredero del reino de Navarra. Despues pasó á Tarazona, donde celebró Córtes de Aragon, en las que con motivo de los disturbios del pais se hicieron alteraciones en los fueros de aquel reino (1). El año siguiente se celebró un capítulo del Toison de Oro, cuyo collar distribuyó el rey á algunos grandes. El mismo año puso casa al príncipe, nombrando para los primeros cargos de ella á los principales personajes.

En aquel mismo año se celebró una fiesta magnífica en solemnidad del bautismo recibido por el príncipe Muley, hijo de Muley-Hamed, emperador destronado de Marruecos. Le elevó el rey á la dignidad de grande, y le hizo ademas muchísimas mercedes.

En 1594 murió el arzobispo de Toledo, D. Gaspar de Quiroga, cardenal é inquisidor general. Presentó el rey en su lugar al archiduque Alberto, regente de Portugal, y para sustituirle en este cargo, nombró una regencia compuesta del arzobispo de Lisboa, D. Miguel de Castro, presidente, y otros cuatro mas prelados. Ya veremos mas adelante cómo el archiduque Alberto no llegó á tomar posesion de su nuevo destino.

Los negocios interiores de España son como se vé de poquísimo interés, por la tranquilidad y calma en que se hallaba á la sazón España. Los negocios seguian

(1) Hablaremos de estas Córtes y de otras en su lugar correspondiente.

su curso ordinario; la máquina administrativa se descomponia raras veces, y eso sin que se quebrase ninguna de sus ruedas principales. Habia pocos conflictos y menos lucha de partidos en un pais donde la unidad religiosa y el derecho divino del rey eran el principio dominante casi en la opinion, lo mismo que en las leyes. Desde 1578 hasta el fin del siglo, y aun se puede decir en todo el reinado de Felipe II, no hubo mas disturbios en el reino que los de Aragon, y esos promovidos incidentalmente por un asunto muy distinto en su especie de los acontecimientos á que habia dado origen.

En la córte de Felipe II traspiraban poco aquellas intrigas que tienen lugar en otras, donde los reyes son mas débiles ó mas accesibles. Era esta córte un remedo del monasterio del Escorial, donde todo se movia con solemnidad y pausa. Se puso la última piedra de este magnífico edificio en 1584 con grande regocijo del monarca. No se mostraba menos activo en adornarle y hermosearle que en fomentar su ereccion desde la primera piedra que puso en los cimientos por su propia mano. Se iba convirtiendo poco á poco en un museo á que todas las artes concurrían. En 1595 bendijo solemnemente el templo el nuncio de su Santidad, Camilo Cayetano, patriarca de Alejandria, con anuencia del Pontífice. Se imagina fácilmente la pompa y la magnificencia con que se celebraria aquella bendicion tan deseada.